

## Puramente humano



**Pedro Martín González**

**Kenshinkan dôjô 2019**

A pesar de ser un consumado escritor, aquel autor firmaba un artículo en un diario nacional de renombre cuyo contenido me sobrecogió, haciéndome reflexionar.

¿Cómo alguien tan apegado a la tradición del papel se decantaba, finalmente, por el libro electrónico, pregonando, además, el poco o escaso futuro que le quedaba a la literatura impresa, una forma de expresión que iba, según sus tesis, contra la lógica de los tiempos, por entenderla costosa, lenta, sometida a los intereses de los intermediarios, del mercado omnipotente, de los dictámenes de una crítica interesada?

Defendía el autor que el libro electrónico era la solución definitiva, no solo para eliminar las barreras que editores y distribuidores ponían a según qué trabajos sino, también, para superar aquellos otros inconvenientes derivados, únicamente, de la falta de recursos económicos que soportaban novelistas, ensayistas o poetas.

En efecto.

Explicaba que las ventajas eran muchas y la oportunidad de avanzar en favor de los tiempos, algo más que una evidencia. *“El libro electrónico es el futuro –proseguía- y lleva como consigna: la utilidad”*. Con este nuevo concepto de edición todos podrán tener acceso a la publicación de su obra. Concluía.

En su artículo, Jorge Volpi defendía la inmediatez, prontitud y capacidad de los aparatos electrónicos para soportar no uno, cientos o miles de títulos, y todo ello en un formato equivalente a un sencillo cuaderno de notas.

Todas las verdades son medias verdades, pensé al respecto dando por buenas las ventajas de los avances tecnológicos y admitiendo, hasta cierto punto, esta tesis, pero debería mencionar algunas variables que, no siendo útiles, se encuadran en un ámbito que no ha de olvidarse: ése que es puramente humano y, como tal: sensible, espiritual, emotivo e, incluso, improductivo.

Como muchos otros, también yo tengo mis libros de cabecera y, uno de ellos está varado en la mesilla de noche de mi habitación desde hace años, ocupando un espacio que yo considero casi, casi, sagrado. No es un libro conocido, nunca fue un *best-seller*, antes bien, corresponde a una vieja edición de una obra escrita en los años cuarenta por un escritor y viajero poco conocido. No obstante, para mí es un libro singularmente especial, unido a una parte de mi propia historia vital, reconfortante para mi espíritu y profundo en su contenido.

Mantengo con ese libro una relación sensual porque su solo tacto me transporta a unos tiempos de serenidad que pocas veces he disfrutado. Abrir sus páginas, sin detenerme en los textos, es ya un ejercicio de introspección que me conduce a la paz y al sosiego.

Aún está impregnado del olor con el que apareció en mi vida, porque llegó una mañana cualquiera en una librería sin nombre de un apartado lugar de la vieja y polvorienta India. Ese olor, que se ha ido evaporando con el paso de los años, aún permanece entre sus páginas y es un salvoconducto para regresar, de tiempo en tiempo, a un lugar tan apartado ya de mi cotidianeidad pero siempre tan próximo en la memoria.

La vista es, también, un canal de comunicación capaz de despertar otro impulso difícil de negar. Mirándolo de soslayo puedo regresar a su lectura o, en el mejor de los casos, viajar en el tiempo y ser de nuevo un hombre afortunado.

La metáfora del libro me sirve para expresarme acerca de la excesiva practicidad del Budô actual y, como contrapartida, clamar contra el abandono y la pérdida de la sensualidad en relación a ésta y otras actividades: ocio, lecturas, arte, etcétera.

Así es.

A pesar de los tiempos que transitamos -velocidad, vehemencia, oportunismo- existe una frontera que, a mi juicio, no ha de transgredirse, por jugarnos en ella una parte tan genuina y humana como es la sensualidad: vista, oído, olfato, gusto, tacto.

¿Cuántos secretos nos desvela el solo tacto de un libro impreso?

¿Cuántos recuerdos se destapan en la memoria con su sola visión?

¿Adónde viaja nuestro espíritu cuando el olor de esos libros ha despertado una emoción en el corazón?

¿Por qué dar pábulo a lo instantáneo frente a lo pausado, a lo magnánimo frente a lo discreto, a lo abundante frente a lo singular?

¿Por qué esas ganas de prontitud, inmediatez, velocidad?

A través de esta metáfora quiero hacer un ejercicio en favor de la enseñanza del Arte Marcial desde una perspectiva tradicional y este paralelismo que apunto puede darme la oportunidad de expresar cuál es nuestro sentir en relación al *keiko* diario, por qué levantamos la voz para defender esta postura quijotesca, la manera de transmitir nuestro Arte, la valoración de la enseñanza.

Sí.

También nosotros consideramos que los sentidos son un canal a través del cual aprendemos y comprendemos nuestro Budô.

En efecto.

Aprendemos del tacto de la madera cuando roza la planta de nuestros pies;

Del olor del aceite que impregna la hoja de una espada recién limpiada;

Del ruido de un grito desgarrador que rompe el silencio;

Del sonido de unas palabras que buscan atrapar lo intangible;

De la mirada detenida y quieta que todo lo observa y escruta y que sabe aprender de otra mirada;

De la sal de las lágrimas y del sudor.

Consideramos relevante la palabra frente a la imagen;

La formación sostenida y aquilatada por el tiempo frente a la prontitud y la urgencia de la actualidad;

La integralidad de nuestro Arte frente a la especialización rampante;

El fondo frente a las formas; lo sencillo frente a lo altisonante;

El librepensamiento frente a la uniformidad.

Defendemos la *inutilidad útil* de las cosas;

La *no practicidad práctica* de nuestro esfuerzo;

La *complicada sencillez* de las formas tradicionales;

Una etiqueta razonada y alejada de la negligencia;

La consideración y protección de los valores caballerescos;

Una estética con un fondo de belleza;

La eliminación de las gradaciones menores.

Y para vivir así necesitamos de ese lugar cargado de cultura que es el *dôjô*, defendiéndolo por encima de mercaderías para desempolvar el contenido de su filosofía.

Sí.

También en el viejo *bujutsu*, como en los libros de viejo, los sentidos despiertan y enseñan.

Como aquel día que encontré aquel *dôjô* centenario escondido entre los cedros de un bosque frondoso. Al advertirlo, me acerqué sobrecogido. Con el corazón en un puño y respirando hondo atravesé la foresta cuajada de árboles. Después, anduve firme, con la mirada varada en las cuatro paredes de barro que ya aparecían. Oído avizor, una avalancha de gritos me recibió. Al fin, toqué con los pies la vieja madera de roble llegando hasta el *shomen*.

Todo eran tan atemporal, tan poco práctico, tan alejado de la cotidianeidad, tan contrapuesto a la razón de las vanguardias que yo, sabiéndome en el lugar apropiado en el momento preciso, olvidé cualquier impulso de utilidad y me dispuse a aprender de eso tan puramente humano que son los cinco sentidos abiertos.

**Kenshinkan dôjô 2019**